

cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

DOÑA MARIQUITA.

Yo encenderé la pajueta.

DOÑA AGUSTINA.

Y yo aventaré las cenizas.

DON PEDRO.

Así debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado; su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instrucción le han hecho escribir disparates. El público le ha dado á usted una lección muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. ¡Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como usted, le imitaran en desengañarse!

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

PERSONAS.

Don Diego.

Don Carlos.

Doña Irene.

Doña Francisca.

Rita.

Simon.

Calamocha.

La escena es en una posada de Alcalá de Henares.

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas etc.

La accion empieza á las siete de la tarde, y acaba á las cinco de la mañana siguiente.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, SIMON.

(Sale don Diego de su cuarto. Simon, que está sentado en una silla, se levanta.)

DON DIEGO.

¿No han venido todavía?

SIMON.

No, señor.

DON DIEGO.

Despacio la han tomado por cierto.

SIMON.
Como su tía la quiere tanto, según parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara...

DON DIEGO.
Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

SIMON.
Ello también ha sido extraña determinación la de estarse usted dos días enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversación ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

DON DIEGO.
Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

SIMON.
Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay más en esto que haber acompañado usted á doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

DON DIEGO.
Sí, hombre, algo más hay de lo que has visto.

Adelante.

DON DIEGO.
Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de sa-

ber, y no puede tardarse mucho... Mira, Simón, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

SIMON.
Sí, señor.

DON DIEGO.
Pues bien... pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

SIMON.
Bien está, señor. Jamas he gustado de chismes.

DON DIEGO.
Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca había visto á la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leído muchas de las cartas que escribía; he visto algunas de su tía la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla, he procurado observarla en estos pocos días; y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMON.
Sí por cierto... Es muy linda y...

DON DIEGO.
Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo, ¡aquel candor, aquella

inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... sí, señor, mucho talento... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMON.

No hay que decirme lo.

DON DIEGO.

¿No? ¿Por qué?

SIMON.

Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Excelente.

DON DIEGO.

¿Con que al instante has conocido?...

SIMON.

¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole á usted que me parece muy buena boda; buena, buena.

DON DIEGO.

Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMON.

Seguro que sí.

DON DIEGO.

Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

SIMON.

Y en eso hace usted bien.

DON DIEGO.

Porque no todos ven las cosas de una ma-

nera, y no faltaria quien murmurase, y dijese que era una locura, y me...

SIMON.

¿Locura? ¡Buena locura!... ¿Con una chica como esa, eh?

DON DIEGO.

Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Pero yo no he buscado dinero, que dinero tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMON.

Eso es lo principal... Y sobre todo, lo que usted tiene, ¿para quién ha de ser?

DON DIEGO.

Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No, señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

SIMON.

Peró siendo á gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

DON DIEGO.

No, yo ya sé lo que dirán; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

SIMON.

Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo más.

DON DIEGO.
¡Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses há.

SIMON.
Y bien, ¿qué?

DON DIEGO.
Y yo, aunque gracias á Dios estoy robusto y... con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMON.
Pero si yo no hablo de eso.

DON DIEGO.
¿Pues de qué hablas?

SIMON.
Decia que... Vamos, ó usted no acaba de explicarse, ó yo lo entiendo al revés... En suma, esta doña Paquita ¿con quién se casa?

DON DIEGO.
¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMON.
¿Con usted?

DON DIEGO.
Conmigo.

SIMON.
¡Medrados quedamos!

DON DIEGO.
¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?...

SIMON.
¡Y pensaba yo haber adivinado!

DON DIEGO.
¿Pues ¿qué creías? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

SIMON.
Para don Carlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

DON DIEGO.
Pues no, señor.

SIMON.
Pues bien está.

DON DIEGO.
¡Mire usted qué ideal! ¡Con el otro la habia de ir á casar!... No, señor, que estudie sus matemáticas.

SIMON.
Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

DON DIEGO.
Que se haga hombre de valor y...

SIMON.
¡Valor! ¿Todavía pide usted más valor á un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted entónces del valor de su sobrino; y yo le vi á usted más de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

DON DIEGO.
Sí, señor, todo es verdad; pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

SIMON.

Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su elección es libre...

DON DIEGO.

¿Pues no ha de serlo?... ¿Y qué sacarían con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es mujer de juicio; ésta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de excelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada que la ha servido en Madrid, y más de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha informado de que jamás observó en esta criatura la más remota inclinación á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oír misa, y correr por la huerta detras de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas; éstas han sido su ocupación y sus diversiones... ¿Qué dices?

SIMON.

Yo nada, señor.

DON DIEGO.

Y no pienses tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aún hay tiempo... Sólo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena mujer, buena...

SIMON.

En fin, señor, yo desearé que salga como usted apetece.

DON DIEGO.

Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¿Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMON.

¿Pues qué ha hecho?

DON DIEGO.

Una de las suyas... y hasta pocos días há no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza á su regimiento... Ya te acuerdas de que á muy pocos días de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.

SIMON.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMON.

Así es la verdad.

DON DIEGO.

Pues el pícaro no estaba allí cuando me escribía las tales cartas.

SIMON.

¿Que dice usted?

DON DIEGO.

— Sí, señor. El día 3 de Julio salió de mi casa, y á fines de Setiembre áun no habia llegado á sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

SIMON.

— Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á usted pesadumbre...

DON DIEGO.

— Nada de eso. Amores del señor oficial, y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿Quién sabe? Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMON.

— ¡Oh! no hay que temer... Y sitropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

DON DIEGO.

— Me parece que están ahí... Sí. Busca al mayoral, y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberémos salir mañana.

SIMON.

Bien está.

DON DIEGO.

— Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... ¿Estamos?

SIMON.

— No haya miedo que á nadie lo cuente.

(*Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mujeres con mantillas, y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.*)

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

Ya estamos acá.

DOÑA IRENE.

¡Ay, qué escalera!

DON DIEGO.

Muy bien venidas, señoras.

DOÑA IRENE.

— ¿Conque usted, á lo que parece, no ha salido?

(*Se sientan doña Irene y don Diego.*)

DON DIEGO.

— No, señora. Luégo más tarde daré una vueltecilla por ahí... He leído un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA.

— Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero mire usted, mire usted (*Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*) cuántas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de cipres, lárga de San Benito, una pililla de cristal... mire usted qué bonita, y dos corazones de

talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí... ¡Ay!
y una campanilla de barro bendito para los
truenos!... ¡Tantas cosas!

DOÑA IRENE.

Chucherías que la han dado las madres.
Locas estaban con ella.

DOÑA FRANCISCA.

¡Cómo me quieren todas! ¡Y mi tia, mi
pobre tia lloraba tanto!... Es ya muy vieje-
cita.

DOÑA IRENE.

Ha sentido mucho no conocer á usted.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, es verdad. Decía: ¿por qué no ha ve-
nido aquel señor?

DOÑA IRENE.

El padre capellan y el rector de los Ver-
des nos han venido acompañando hasta la
puerta.

DOÑA FRANCISCA.

Toma (*Vuelve á atar el pañuelo y se le da
á Rita, la cual se va con él y con las mantillas
al cuarto de doña Irene.*) ; guárdamelo todo
allí, en la excusabaraja. Mira, llévalo así de
las puntas... ¡Válgate Dios! ¡Eh! ya se ha ro-
to la santa Gertrúdis de alcorza!

RITA.

No importa; yo me la comeré.

ESCENA III.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON
DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

¿Nos vamos adentro, mamá, ó nos queda-
mos aquí?

DOÑA IRENE.

Ahora, niña, que quiero descansar un
rato.

DON DIEGO.

Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

DOÑA IRENE.

¡Y qué fresco tienen aquel locutorio! Es-
tá hecho un cielo... (*Siéntase doña Fran-
cisca junto á doña Irene.*) Mi hermana es la
que sigue siempre bastante delicadita. Ha
padecido mucho este invierno... Pero vaya,
no sabía qué hacerse con su sobrina la bue-
na señora. Está muy contenta de nuestra
eleccion.

DON DIEGO.

Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas
personas á quienes debe usted particulares
obligaciones.

DOÑA IRENE.

Sí, Trinidad está muy contenta, y en cuan-
to á Circuncision, ya lo ha visto usted. La ha
costado mucho despegarse de ella; pero ha
conocido que siendo para su bienestar, es

necesario pasar por todo... Ya se acuerda usted de lo expresiva que estubo, y...

DON DIEGO.

Es verdad. Sólo falta que la parte interesada tenga la misma satisfacción que manifiestan cuantos la quieren bien.

DOÑA IRENE.

Es hija obediente, y no se apartará jamás de lo que determine su madre.

DON DIEGO.

Todo eso es cierto, pero...

DOÑA IRENE.

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

DON DIEGO.

Sí, ya estoy; ¿pero no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre?...

DOÑA FRANCISCA.

¿Me voy, mamá? (*Se levanta y vuelve á sentarse.*)

DOÑA IRENE.

No pudiera, no, señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela que Dios perdone, doña Jerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, que le habrá usted visto. Y le hicieron, según me conta-
ba su merced, para enviárselo á su tío car-

nal el padre fray Serapion de San Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacan.

DON DIEGO.

Ya.

DOÑA IRENE.

Y murió en el mar el buen religioso, que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte, particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpétuo de Zamora, no puede oír hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

DOÑA FRANCISCA.

Válgate Dios, qué moscas tan...

DOÑA IRENE.

Pues murió en olor de santidad.

DON DIEGO.

Eso bueno es.

DOÑA IRENE.

Sí, señor, pero como la familia ha venido tan á ménos... ¿Qué quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida; y ¿quién sabe que el día de mañana no se imprima con el favor de Dios?

DON DIEGO.

Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

DOÑA IRENE.

Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político el canónigo de Cas-

trojeriz, no la deja de la mano; y á la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

DON DIEGO.

¿ Con que para cada año un tomo ?

DOÑA IRENE.

Sí, señor, ese plan se ha propuesto.

DON DIEGO.

¿ Y de qué edad murió el venerable ?

DOÑA IRENE.

De ochenta y dos años, tres meses y catorce días.

DOÑA FRANCISCA.

¿ Me voy mamá ?

DOÑA IRENE.

Anda, véte. ¡ Válgate Dios, qué prisa tienes !

DOÑA FRANCISCA.

¿ Quiere usted (*Se levanta, y despues de hacer una graciosa cortesía á don Diego, da un beso á doña Irene, y se va al cuarto de ésta.*) que le haga una cortesía á la francesa, señor don Diego ?

DON DIEGO.

Sí, hija mia. A ver.

DOÑA FRANCISCA.

Mirg usted, así.

DON DIEGO.

¡ Graciosa niña ! Viva la Paquita, viva.

DOÑA FRANCISCA.

Para usted una cortesía, y para mi mamá un beso.

ESCEXA IV.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

DOÑA IRENE.

Es muy gitana y muy mona, mucho.

DON DIEGO.

Tiene un donaire natural que arrebatá.

DOÑA IRENE.

¿ Qué quiere usted ? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho más de considerar tan inmediata su colocacion, no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

DON DIEGO.

Quisiera sólo que se explicase libremente acerca de nuestra proyectada union, y...

DOÑA IRENE.

Oiria usted lo mismo que le he dicho ya.

DON DIEGO.

Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, sería para mí una satisfaccion imponderable.

DOÑA IRENE.

No tenga usted sobre eso particular la más leve desconfianza; pero hágase usted cargo de